

BV3445

B6



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

125364



I.

La Iglesia del Japon, aunque de fundacion relativamente moderna, es sin embargo una de las más ilustres por los ejemplos heroicos que ha dado de cristiana é inquebrantable constancia. Fué S. Francisco Javier el primero que llevó la luz del Evangelio, en 1549, á aquel apartado reino; y en los veintisiete meses que allí permaneció, discurriendo de ciudad en ciudad hasta la corte de Meaco, rodeado de molestias y peligros, ganó con su maravillosa industria é incesantes fatigas muchísimas almas á Cristo, fiando al retirarse el cultivo de aquel campo espiritual al celo de los que en pos de él viniesen. Creció en efecto dicha cristianidad y propagóse por doquiera bajo el imperio de Nobunanga, y en los cinco primeros años del de Taicosama, contándose más de doscientos mil fieles diseminados en varias provincias y reinos de aquellas islas. Cuando más florecia y se multiplicaba, movió Taicosama, en 1596, la primera persecucion, que fué general, y cosechó las palmas de los veintiseis Santos Mártires crucificados en Nangasaki el 5 de Febrero de 1597 *.

* Fué uno de ellos el glorioso S. Felipe de Jesús, Protomartir de Méjico (N. del T.).

Muerto Taicosama, usurpó el imperio Daifusama, tutor del legítimo heredero Findeyori, sujetando después á vasallaje por el terror de sus armas á todos los príncipes del Japon. No se manifestó al principio hostil á los cristianos, antes bien mostró favorecerlos con su proteccion; mas luego que se hubo afirmado en el trono, se les declaró abiertamente enemigo y perseguidor. Lanzados por él de la corte y despojados de sus bienes los príncipes y señores cristianos en 1614, mandó echar bando por todo el Japon para que al punto se derribasen las iglesias, casas religiosas, hospitales y cofradías, y se quemasen las cruces, imágenes, libros y demas cosas sagradas: ordenábase á los ministros del Evangelio que dentro de cierto plazo saliesen del país, y á cuantos profesaban la ley cristiana intimábaseles la abandonasen y volviesen al culto de los dioses, pena irremisible de la vida y confiscacion de bienes á los recalcitrantes y contumaces, con demolicion de sus casas y extrañamiento de sus familias: aplicábase tambien dicho bando á cuantos acogiesen á los sacerdotes y demas cristianos, ó con noticia de su paradero no los denunciasen. Leyes cruelesimas, no solo confirmadas, pero tambien agravadas por su hijo el Iongun y su nieto el Tojongun, que uno en pos de otro le sucedieron.

Más de treinta años duró la feroz persecucion, hasta quedar casi asolada aquella cristiandad antes tan floreciente. Competian los tiranos en inventar nuevos y atrocisimos tormentos, y los fieles en soportar con invicta fortaleza la atrocidad de los tormentos y la ignominia de la muerte. Fueron suplicios comunes entónces quitar la vida á porrazos, rompiendo todo el cuerpo con mazos de madera, hundir hierros candentes en las carnes, colgar de una cruz, hender la cabeza ó dividirla del cuello al golpe de una cimitarra. Otros hubo inusitados, verdaderos inventos de despiadada crueldad, como

arrancar con tenazas la piel, los miembros, músculos y nervios; cortar á pedazos las carnes con cuchillos sin filo; sumergir á unos en agua helada hasta quedar extinguido el calor vital, poner á otros á quemarse á fuego lento por dos ó tres horas; tener á estos colgados por los piés muchos dias, pendiente la cabeza dentro de un hoyo; bañar á aquellos y meterlos poco á poco en agua sulfurosa hirviendo, para que se pudrieran vivos y cual cadáveres bulleran en gusanos.

A pesar de tan acerbos tormentos, los cristianos arrojaron admirablemente el peligro, y se mantuvieron firmes en la resolucion de dar su sangre y su vida ántes que renegar la fe de Iesucristo: y no solo fueron gentes de humilde origen y complexion robusta, mas tambien de sangre nobilísima, y hasta regia, criados entre las comodidades y goces de opulentas familias; matronas y mujeres de avanzada edad, doncellas delicadas y áun tiernos niños de pocos años. Fueron los primeros en hacer cara y dar ejemplo los ministros de Dios y predicadores del Evangelio, que de Italia, España, Portugal y Méjico habian acudido movidos del celo de las almas y del deseo de coronar sus grandes trabajos con el martirio, todos ellos fueron religiosos de las sagradas órdenes de S. Domingo, de S. Francisco, de S. Agustin y de la Compañía de Jesus; y no pocos singularmente ilustres asimismo por la nobleza de su sangre, por su profundo saber ó por el esplendor de sus heroicas virtudes y fatigas apostólicas. Todos, religiosos y seglares, japoneses y forasteros, antiguos cristianos y nuevos, muy léjos de amedrentarse á vista de los tormentos, pueden decirse que corrian á buscarlos y competian por ser del número de los sentenciados: una vez seguros del martirio, vestíanse como para una fiesta, y con intrépido semblante y corazon lleno de gozo, respondian valerosamente á los jueces, daban las gracias á los ver-

dugos, predicaban desde lo alto de la cruces y cantaban alabanzas á Dios en medio de las llamas: las madres mismas ofrecian á sus hijos para que los matasen, pidiendo para si mayores suplicios.

Grandes maravillas fueron aquellas, milagros patentes de la divina gracia, y muy semejantes á los que en confirmacion de la fe obró Dios en los mártires de la primitiva Iglesia. De aquí que los autores de historias eclesiásticas y los apologistas de la Religion no dudasen en aducir como prueba de la divinidad de la fe católica, la firmeza, la constancia y los triunfos de estos mártires japoneses.

Suben á muchos miles los cristianos de ambos sexos que durante la persecucion padecieron martirio; mas no de todos se pudieron lograr informaciones juridicas, por razon de no haberse instruido en el Japon los procesos apostólicos, sino en Manila (Filipinas), en Macao (China) y en Madrid (España); motivo por el cual solo pudieron recibirse las declaraciones de los japoneses desterrados y de algunos mercaderes españoles y portugueses, que no presenciaron todos los martirios, ni de todos pudieron tener segura noticia. Dieron testimonio si de mas de doscientos, y fué, á no dudarlo, singular providencia de Dios, que se encontrasen fuera del Japon mas de setenta testigos, de los cuales, unos habian visto con sus propios ojos aquellas gloriosas muertes, y otros habian escuchado de ellas relaciones verdaderas.

II.

Los Beatos Luis Flores y Pedro de Zúñiga

Fué el B. Pedro de Zúñiga hijo de D. Alvaro de Zúñiga, setimo Virey de Méjico, y de Da. Teresa, Marquesa de Villamarina: vió la luz en Sevilla ~~y tenía siete~~

~~años de edad próximamente, cuando su padre marchó~~
~~á Méjico~~ por el año de 1585. Desde sus tiernos años dijo adios al mundo, entrando en la orden de S. Agustin y fué con el tiempo excelente religioso y buen predicador. En 1610 alcanzó de los superiores que lo enviasen á las islas Filipinas, donde recibida la nueva de la gloriosa muerte del B. Fernando de S. José, con una carta de este siervo de Dios en que pedia operarios para aquella mision ardua y penosa, no supo contenerse y pasó al Japon. Presenció las congojas, padecimientos y muertes de los fieles, y por su parte se esforzó en promover por doquiera la gloria divina y la salvacion de las almas. Por mandato del Provincial tornó a Manila, llevando consigo la relacion de los triunfos grangeados á la fe por la constancia de tantos mártires, abogó por aquella cristiandad en el capitulo provincial, del que recibió no pequeños auxilios, y regresó al Japon con el P. Luis Flóres.

Este era belga, y su verdadero apellido Fraryn, y nació en la ilustre ciudad de Gante, donde existe aún su familia considerada y próspera. Habiendo pasado á Méjico por cierto negocio, allí renunció al mundo y se consagró á Dios en la orden de Predicadores: muchos años despues, y no obstante ser ya sexagenario, navegó con rumbo á las Filipinas y al Japon, ardiendo en celo por la conversion de aquellos infieles y anhelando padecer y morir por Jesucristo.

El año de 1620 salieron ambos de Manila para al Japon en la nave del capitan Joaquín Firayama, noble japonés de gran virtud, convertido y bautizado por el P. Baltazar Tórres jesuita, llevando de compañía otros doce japoneses que volvian á su patria. Sobrevino una tempestad y fueles forzoso guarecerse en el puerto de Macao, hasta que sosegado el mar pudieron proseguir el viaje: hallábanse el 2 de Agosto entre Formosa y la

China, cuando se vieron de improviso asaltados por una nave de herejes holandeses, que los capturaron: diéronse estos el parabien, notando, al pasar lista de los presos, que podían presentarse en el Japon más como aliados que como corsarios, pues reconocieron por ministros del Evangelio á nuestros dos religiosos, no obstante ir vestidos de mercaderes.

Gozosísimos los herejes, condujeron la nave á Firando, y sin escrúpulo de ninguna especie los denunciaron y entregaron á los perseguidores. Despues de muchas vicisitudes, certificados éstos de la verdad por confesion de los mismos religiosos, participaron á la corte lo acaecido. El emperador, instigado per los herejes holandeses é ingleses que moraban en Firando, montó en terrible cólera, y al punto ordenó á Gonrocu, gobernador de Nangasaki, que hiciése quemar vivos á los dos Padres y al capitan Joaquin, y á los otros mandase cortarles la cabeza. Así que Gonrocu hubo regresado de la corte á Nangasaki, lo cual tuvo lugar el 27 de Julio de 1622, se dispuso á ejecutar sin demora la sentencia. Llegaron poco despues desde Firando los tres presos, y ademas dos de los japoneses capturados, para quienes habian fabricado una sólida cárcel de tablas en la misma barca, custodiada por doscientos soldados repartidos en otras barcas que la rodeaban por completo. Así estuvieron en el puerto hasta el 19 de Agosto, dia en que los sacaron á tierra para notificarles la sentencia de muerte á fuego, ya indicada por la circunstancia de haberlos presentado al gobernador, cada uno con su verdugo detrás, el cual llevaba una grande horquilla de hierro para aderezar la hoguera y atizar el fuego. Iban los religiosos con la acostumbrada tonsura, y el hábito propio de su respectiva órden. Dóminico el P. Flores y Agustino el P. Zuñiga; estrechamente atados, pero con tales nuestras de ánimo fuerte, que fue

un consuelo para todos los fieles que los miraban. Los condujeron á morir fuera de la ciudad, juntamente con los otros doce compañeros japoneses, llamando la atencion comun el capitan Joaquin por la generosa resolucion y ánimo fervoroso con que sin cesar predicaba contra el impio y vano culto de los idolos, ora expresando su interior inspiracion, ora lo que en español le sugerian por lo bajo ambos religiosos. Antes de encender la hoguera donde iban á ser sacrificados estos tres siervos de Dios, los verdugos les hicieron presenciar la muerte de sus doce compañeros, que fueron, degollados uno en pos de otro á su vista. Dieron fuego despues á la leña, colocada artificiosamente algo lejos de los palos donde hebian amarrado á los mártires, para que durase más el suplicio; cuidaban de rebajar el combustible cuando levantaba mucha llama, y los atormentaron así por espacio de dos horas que tardaron en morir, siempre inmóviles, orando y puestos los ojos en el cielo.

Consumado el sacrificio, los verdugos amontonaron los mutilados cuerpos, custodiándolos dia y noche por cuatro dias consecutivos, pasados los cuales permitió Gonrocu á los cristianos, contra lo que se esperaba, que los recojiesen y les diesen sepultura. El cuerpo del P. Flores fué depositado en casa de una virtuosa viuda donde solian reunirse los Padres dominicos para celebrar; el del P. Zuñiga rescató de los infieles á gran precio D. Martin de Govea, noble portugués, quien lo puso en un arca decente y se lo llevó á Macao, donde fué colocado despues en la iglesia de la Compañia de Iesus.